

Un peligro moderno del nominalismo

Jueves 25 de marzo de 1937

El buen sentido del pensamiento y el método francés había creído sepultar el nominalismo bajo el proverbio «el nombre no hace la cosa». El realismo español también había ratificado esa sentencia en otro proverbio, en sentido figurado: «el hábito no hace al monje».

Pero por todas partes, en la lucha política moderna, los fascistas auténticos tratan de «comunistas» o de «anarquistas» a sus adversarios radicales e incluso a los moderados, mientras en el otro punto, los rojos bautizan de »fascistas» a todos los republicanos de derechas o de centro, sin exceptuar claro está a los radicales mismos.

Táctica inocente —podríamos decir— porque repitiendo esas denominaciones extrañas, fuera de la capilla de los bautizos arbitrarios, las pronunciamos con un acento de irónica sorpresa, y las escribimos subrayadas o rodeadas con signos que expresan la sorpresa. Pero eso no es más que un principio, porque después repetimos tanto las palabras, que terminamos por admitirlas sin las recomendaciones de la prosodia o de la ortografía, que prohíben las expresiones absurdas.

Táctica estéril, —podríamos creer— porque habrá un efecto de compensación revelador de la mentira, después de las falsedades contradictorias. Pero tenemos más bien la preocupación de calumniar a los adversarios más alejados, y acusaciones provenientes de puntos opuestos, pero concurrentes, caen y coinciden sobre algunas personalidades del centro, elegidos preferentemente.

Táctica poco afortunada —podríamos añadir— porque así cada uno excitará contra él la oposición de aquéllos que acaba de atacar tan injustamente. Pero cada partido extremista está seguro, sin riesgo de equivocarse, de que la misma injusticia, llegada de la otra punta, le proporcionará, a fin de cuentas, nuevos simpatizantes atraídos por afinidades excitadas, o empujadas por peligros amenazantes.

Es, en el fondo, una táctica peligrosa para los partidos centristas. Se llega

a presentar como sospechosas, ante una opinión inculta o apasionada, a gente leal, a convicciones sinceras. Pronto se llegó a acostumbrar a los mismos calumniados, por reacción contra la ofensa, a plantearse la posibilidad defensiva de las coincidencias que primero encontraban tan escandalosas como inverosímiles.

El peligro de ese nuevo nominalismo aumenta cada vez más y es inquietante cuando alcanza la meta principal de su táctica: es decir, traspasar el centro de las fuerzas políticas (ojalá que no pueda doblar las alas) y comprometer así la batalla en el terreno favorable, y previamente elegido, de la opción entre las dos soluciones extremistas. Elección dolorosa y difícil! Elección trágica e inevitable para los partidos centristas, si no han sabido impedir que se llegue a ello!

La táctica de traspasar el centro en el conjunto de las fuerzas políticas se completa y se refleja, practicando la misma fisura, con ayuda de ataques parciales e hipócritas en el seno de cada partido centrista, cuya fuerza es quebrantada desacreditándolo delante de las masas y cuya unidad es socavada levantando la desconfianza recíproca de sus componentes o de sus extremos.

Si los partidos de centro combatidos de esa forma no saben mantener la solidaridad fundamental de sus intereses y la firmeza de sus convicciones, sometidas a una prueba que parece insignificante y es dura, sobre todo si no están protegidos por un buen método electoral, entonces irán hacia la desunión y el desconcierto, para terminar en una catástrofe.

El día en que los partidos extremistas desembocan (después de haber puesto la lucha política en la primacía de uno o de otro extremismo) en la batalla final de la violencia, entonces la obra, que empezó por nominalismos despreciables, se convierte en una realidad espantosa. Porque si la noción de «neutralidad» cada día es más turbia, y si su práctica se hace cada vez más difícil, en la guerra exterior, es aún menos discutible el que no hay neutralidad posible para las guerras civiles. Cuando éstas ocurren, la gente pacífica y honesta está obligada a tomar partido, incluso en contra de sus deseos y por unas afinidades, débiles e incluso asquerosas, si no por el azar del domicilio o del desplazamiento. Se convierten en combatientes en una lucha que ellos quisieran impedir, para no convertirse en víctimas, sin auxilio, de todos aquéllos hacia los cuales no son agresores. Cuando la guerra civil estalla, incluso el espíritu que posee el odio a ésta, aunque pueda salvarse en medio de las amarguras del exilio, también él alejado de la patria, padecerá por su nombre que se ultraja y por sus bienes que se le roban.

Esa última, trágica y lógica consecuencia de los acontecimientos es la realidad de la violencia española. Hay allí, donde se abusa también del nominalismo arbitrario, unos republicanos sinceros que luchan al lado de los fascistas, y también hay moderados que se hicieron aliados de los rojos, sin contar el caso diferente y muy curioso de las derechas que dejaron antaño el parlamento para no tener escaño con los socialistas, pero que gobiernan con los anarquistas. ¡Aquéllos son gente sencilla que se inquietarán de ciertas exageraciones anticlericales del artículo 26 de la constitución, pero que se sienten seguros después del incendio sistemático de las iglesias y el asesinato en masa del clero! La tragedia no hubiera extrañado al autor dramático, premio Nobel de literatura, que fue maestro del teatro español a finales del siglo XIX y comienzo del actual. La obra maestra de Echegaray sigue siendo aún *El gran Galeoto*, que quiere decir el gran introductor al crimen, al pecado, al delito, y que no es nadie, porque es todo el mundo, la sociedad entera que, cuando calumnia con acusaciones falsas, empieza diciendo mentiras, pero terminará diciendo verdades.